

LA CUESTIÓN NACIONAL: UNA PROPUESTA DESDE LA ECOLOGÍA POLÍTICA

Manuel GONZÁLEZ DE MOLINA
Universidad de Granada

Francisco GARRIDO PEÑA
Universidad de Jaén

RESUMEN

Desde la ruptura con la visión liberal decimonónica del fenómeno nacionalista, los autores emprenden la difícil tarea de reconstruir, aunque sólo programáticamente, el sentimiento nacionalista desde un punto de vista emancipatorio. Este es el único camino posible para enlazar con los nuevos movimientos sociales que, como el texto señala, generalmente rechazan el fenómeno nacionalista. En efecto, existe ya un nuevo nacionalismo, con un fuerte potencial emancipatorio y que está llamado a caminar junto a la idea de Ecología política.

La ruptura con el nacionalismo decimonónico tiene lugar cuando los nuevos nacionalismos aparecen como un acto de disidencia contra el concepto de Estado-Nación. Este concepto cada vez más afectado por su crisis constitutiva y crónica –crisis de la participación política reducida a “democracia virtual”, crisis de eficiencia y crisis cultural–, es el objetivo a combatir por parte de los nuevos nacionalismos. Aquí tiene lugar el encuentro con la Ecología política, en la disidencia del progreso, en la búsqueda de caminos de reconstrucción de identidades destruidas por el mercado. Incluso, la Etnopolítica y la Ecología política coinciden en el mismo campo –el de la disidencia, el de las vías alternativas, el de la emancipación–, con los mismos significados –pluralismo, urgencia vital, necesidad–; finalmente, buscan alcanzar objetivos en los que se coincide: seguridad ontológica y reconstrucción conjunta de las formas de vida ecológicas.

ABSTRACT

From the break with the 19th century liberal vision of the nationalitarian phenomenon, the authors undertake the difficult task of reconstructing, even though only programmatically, the nationalist feeling from an emancipatory point of view. This is the only possible way of coming to terms with the new social movements which, as the text points out, generally distrust the nationalist phenomenon. In fact, a new nationalism already exists, with a strong emancipatory potential and which is called upon to link itself with the idea of Political Ecology.

The break 19th century nationalism takes place when the new nationalisms come into existence as an act of dissidence against the concept of the Nation-State. This concept, ever more affected by its chronic and constitutive crisis –crisis of a political participation reduced to “virtual democracy”, efficiency-crisis and cultural-crisis– is the goal to fight against for the new nationalisms. Here the contact with Political Ecology takes place, in the dissidence with progress, in the search for ways of reconstructing the identities destroyed by the markets. Indeed, Ethnopolitics and Political Ecology coincide in the same field - that of dissidence, alternative ways, emancipation - with the same means - pluralism, vital urgency, necessity -, finally, they are seeking to achieve aims which also coincide: ontological security and reconstruction of the ecological forms of living together.

La literatura sociológica y la historiografía clásicas han tendido a considerar el nacionalismo como la respuesta "racional" de cada grupo étnico ante el reto de la modernidad¹. Los análisis marxistas en sus versiones ortodoxas no han logrado mantenerse tampoco al margen de la influencia de esta concepción funcionalista². A partir de una revisión más que precipitada de la historia europea del siglo XIX, han construido un modelo interpretativo basado en una correlación mecánica entre el nacionalismo y la burguesía, mezclando su dimensión fenomenológica con el conjunto de signos y símbolos que conforman el discurso nacionalista. Con esta interpretación, que sólo ha conocido un cambio pendular de sujeto (el proletariado), se ha venido analizando hasta ahora el complicado devenir histórico en la construcción o desconstrucción de los Estados-Nación. El nacionalismo sería, desde esta perspectiva, el vehículo utilizado por la "clase nacional" en cada caso para crear consenso social en torno a su proyecto "modernizador"; sería la ideología por excelencia del Estado-Nación, demarcando un espacio exclusivo donde territorializar sus prácticas de clase y legitimando la instrumentalización del poder del Estado.

Según esta interpretación, el nacionalismo constituía un simple vector que apuntaba en una u otra dirección en función de la clase que lo hegemonizase; una función necesaria para funcionalistas y más o menos deseable para marxistas, "un precio a pagar", una fuerza determinada en su existencia por la lógica inmanente al mismo devenir histórico. Burguesía y proletariado se sucedían uno a otro en la dirección de esta fuerza, integrantes ambos de la misma línea de progreso objetivamente determinado. Esta concepción de la Historia, que era una especie de trasplante de las estructuras narrativas de la épica moderna (con final feliz incluido), denota una construcción de la idea del tiempo que hace ya mucho tiempo fue abandonada como paradigma dominante en las ciencias físicas y experimentales³.

No debe parecer extraño que el resurgimiento de los nacionalismos en la peor de sus versiones, tanto en la antigua Yugoslavia como en muchas de las repúblicas que antaño componían la Unión Soviética, haya puesto en cuestión esta concepción tradicional del fenómeno; no sólo en cuanto a las expectativas históricas creadas por la propia teoría -el nacionalismo sería progresivamente superado por la mundialización económica y mediática, por el triunfo de la postmodernidad-, sino también por su decidida apuesta por el Estado-Nación como instrumento de racionalización, de democracia, de desarrollo económico, de integración social, de progreso, en definitiva de civilización y modernidad.

No parece extraño tampoco que, siendo ésta la visión dominante del nacionalismo, los movimientos sociales alternativos hayan cuestionado su idoneidad como lenguaje emancipatorio. Máxime cuando éstos se han desarrollado en sociedades fuertemente

1. Véase al respecto el estado de la cuestión que presenta E. GELLNER, *Naciones y Nacionalismo*, Madrid, Alianza, 1988.

2. Cfr. SMITH, A., *Las teorías del Nacionalismo*, Barcelona, Península, 1976, p. 88.

3. La cuestión del tiempo es central en la ontología política en la que se inserta el nacimiento de los nacionalismos tradicionales (teoría de la respuesta modernizadora); pero también lo es en la nueva elaboración sobre el econacionalismo. Cfr. WHITROW, G.J., *El tiempo en la historia*. Editorial Crítica, Barcelona, 1990, pp. 197-238; FRAZER, J.T., *Génesis y evolución del tiempo*. Editorial Pamiela, Pamplona, 1993, pp. 212-219; LEWIS, M., *Técnica y Civilización*. Alianza Universidad, Madrid, 1987, pp. 26-34; ROBERT, N., *Historia de la idea de progreso*. Gedisa, Barcelona, 1980, pp. 332-441.

interclasistas, ancladas ya en la postmodernidad, donde los polos del fenómeno -el sujeto del cambio social y el propio nacionalismo- parecen haberse diluido en “conciencias continentales” y en “nuevas sensibilidades”. Los nuevos movimientos sociales, en especial el pacifista, han desconfiado y siguen haciéndolo de un nacionalismo que tanto en su versión occidental como en su versión tercermundista han tenido como principal objetivo la construcción o consolidación de un Estado, normalmente a través de la violencia. Recuerdan, no sin razón, cómo los numerosos conflictos bélicos habidos durante toda la Historia Contemporánea tuvieron su apoyo en la existencia de fuertes sentimientos nacionalistas y buena parte de sus factores explicativos en la configuración del sistema de Estados-Nación. La asociación tradicional entre nacionalismo y Estado, -y, a través de éste, entre nacionalismo y violencia- ha acabado por interiorizar en el seno de muchas organizaciones y personas del “área alternativa” la creencia en el carácter intrínsecamente perverso del discurso nacionalista.

El ejemplo del actual conflicto yugoslavo y del que viene padeciendo la antigua URSS⁴ no han hecho sino confirmar los temores apuntados. La resurrección de los nacionalismos estatistas en su versión más bárbara y violenta, está provocando tanto en los nuevos movimientos sociales como en el área de la izquierda alternativa, la consideración del nacionalismo como una ideología premoderna, expresión de una cierta vuelta atrás en el proceso civilizatorio.

Tal concepción ignora varias cuestiones elementales sobre el fenómeno nacionalista. Primero, olvida que el nacionalismo es tan moderno, o más, que el universalismo cosmopolita. El tipo de construcciones de las identidades políticas y colectivas anteriores a la Revolución Francesa no era de carácter nacional; sino de vinculación gentilicia, feudal, religiosa. Un hombre premoderno no combatiría por Francia o por España; sino por su Rey, su señor o su fe⁵. Por lo tanto, los ilustrados también tienen que ajustar sus cuentas con las perversiones nacionalistas. Y segundo, al depositar su fe en las etapas de la historia (de las cuales el nacionalismo sería una superada), incurre en la misma concepción lineal y teleológica del tiempo de la que brotan las peores perversiones del nacionalismo.

No obstante, una parte significativa de los “Nacionalismos étnicos”, los llamados “Nuevos Nacionalismos”, surgidos en los últimos años en los países industrializados de Occidente, no parece responder a estos esquemas clásicos del Estado-Nación decimonónico⁶

4. Sobre esta cuestión resulta muy útil el libro recientemente traducido de E. HOSBAWN, *Naciones y Nacionalismo desde 1780*. Crítica, Barcelona, 1991, especialmente el último capítulo.

5. Incluso, nos atreveríamos a afirmar, que es más genuinamente moderno el nacionalismo que el universalismo. En el cristianismo, y en el Islam (en general en las grandes religiones monoteístas) el universalismo está ya presente, aunque de manera más o menos embrionaria; no podemos decir lo mismo del nacionalismo.

6. Véase para el caso de Francia por ejemplo, el trabajo de A. TOURAINE y otros, *El país contra el Estado. Luchas Occitanas*. Diputación de Valencia, Valencia, 1983. No obstante, en el caso español, los etnonacionalismos han sido el resultado no sólo de la crisis del Estado-Nación sino de la pervivencia del llamado “problema nacional español” desde los propios orígenes de aquél. El fallido proceso de “unidad nacional española” no pudo anular las fuertes particularidades culturales o identidades comunitarias de los grupos étnicos peninsulares. La respuesta a los continuados intentos de homogeneización fue la vuelta a los signos y a los símbolos más próximos al grupo étnico. La crisis posterior del Estado-Nación ha venido a superponerse, reforzando los mecanismos defensivos y abriendo un enorme espacio para el nacionalismo. Sobre toda esta cuestión véase M.

y pone de manifiesto la enorme complejidad de un fenómeno que amenaza con resquebrajar el sistema de Estados-Nación hasta ahora imperante. Frente a los nacionalismos propios de Europa del Este y los Balcanes, cuyo factores explicativos deben buscarse, entre otros, en la instrumentalización por parte de las viejas burocracias y mafias de los antiguos estados socialistas de su carácter plurinacional⁷, la vitalidad de estos "Nuevos Nacionalismos" parece encontrarse paradójicamente en la crisis misma del Estado-Nación. Una crisis que es doble, de funcionalidad y de legitimación sobre la que además convergen los movimientos de una nueva oposición política, de un discurso emancipatorio alternativo y contemporáneo.

1. EL DISCURSO NACIONALISTA Y LA CRISIS DEL ESTADO-NACIÓN

Hace ya algún tiempo Christian Grass⁸ llamó la atención sobre la alta correlación existente entre la crisis del sistema de Estados-Nación europeos y la emergencia y consolidación de una serie de movimientos nacionalistas en su seno. Pero ha sido la sociología británica⁹ quien ha dado un paso más buscando las razones de la superación "por arriba" y "por abajo" de los Estados nacionales en la propia configuración contemporánea del Estado-Nación. El caso es que las funciones tradicionales, atributo exclusivo del Estado, son cada vez más cuestionadas, generando auténticas crisis de legitimidad.

La primera de ellas se refiere al grado de integración de las aspiraciones de los diversos grupos de agentes sociales, de la que es capaz el Estado-Nación. Parece claro que los propios mecanismos de participación política se han ido reduciendo a un mero juego de imágenes y provocaciones fantasmales, a mero espectáculo, a la ingeniería de un consenso que ya sólo es simulación: es lo que llamamos "democracia virtual". La progresiva autonomización de la sociedad del poder político, cada vez más dependiente de los

GONZÁLEZ DE MOLINA y E. SEVILLA GUZMÁN, "En los orígenes del nacionalismo andaluz: reflexiones en torno al proceso fallido de socialización del Andalucismo Histórico". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. Nº 40, 1987, pp. 73-95.

7. La crisis yugoeslava encuentra en las necesidades de supervivencia de las burocracias excomunistas, junto con la criminal política seguida por países occidentales como Alemania, factores que ayudan a su comprensión. Pero lo cierto es que no agotan ni satisfacen la explicación de tan terrible y cercano conflicto nacional: todo criterio de identificación, absolutamente necesario en la antropología política, puede en cualquier momento convertirse en un criterio de exclusión y de agresión. Esto significa que la vigilancia y la autolimitación de la construcción política de las identidades ha de ser un norte ético permanente. El peligro de que el monstruo, de que la parte oscura surja es constante, bajar la guardia supone abrirle la puerta. Por último, remarcar la fuerza de lo étnico, que en nuestra época (la época de las biopolíticas) será, más que nunca quizás, un factor político de primer orden, que no se puede ni se debe ignorar. El uso fraudulento y criminal de ese factor biopolítico, por parte de las burocracias, los estados occidentales, etc.; puede generar tragedias como la yugoeslava. La gestión de la biopolítica ha de ser ecológica y democrática. La convergencia que aquí comentamos va en ese sentido dirigida.

8. GRASS, Christian et Solange, *La révolte des régions d'Europe Occidentale de 1916 à nos jours*. Editions de Seuil, Paris, 1982.

9. Véase entre otros A. GIDDENS, *The Nation-State and Violence*. Polity Press, Cambridge, 1985; ROKKAN, S., and URWIN, D., *Economy. Identity. Territory. Politics of West European peripheries*. London, 1983; LINK W. and FIELD, W.J., *The New Nationalism*. Pergamon, New York, 1979.

“poderes fácticos”, supone un alejamiento de los mecanismos de control democrático y, por lo tanto, un reforzamiento de las prácticas y tendencias más autoritarias. Baste recordar en este sentido las críticas formuladas al respecto por Claus Offe, sobre la crisis de legitimidad de los Estados del capitalismo desarrollado¹⁰.

En segundo lugar, la sociedad cuestiona cada vez más el papel dirigente del Estado-Nación en el diseño y control de la política económica. Se critica su creciente incapacidad para redistribuir la riqueza y para promover un desarrollo armónico. Algunos teóricos -especialmente Michael Hechter¹¹- han llegado incluso a negar la posibilidad de tal desarrollo y a afirmar, en cambio, que el trato asimétrico que todo Estado dispensa a unas zonas frente a otras de su propio territorio está en el origen de muchos de los nuevos movimientos nacionalistas. Junto a ello, los estados democráticos de Occidente, ante el miedo interiorizado por el partido-competitivo a perder el control y usufructo del gobierno se muestran incapaces de proceder a una auténtica reforma que remedie la crisis fiscal en que se ven inmersos. La disminución continuada de los trabajadores -efecto del paro estructural que provoca el actual modelo de desarrollo del sistema capitalista- y de la renta de amplias capas de la población están generando una disminución de la capacidad de los ciudadanos para pagar impuestos y la imposibilidad del Estado para aumentar los ingresos y equilibrar los gastos. La crisis fiscal ha llevado a la crisis del Estado de bienestar y a la percepción ciudadana de que el Estado constituye un voraz consumidor de recursos, mostrándose incapaz de garantizar los niveles mínimos de protección ciudadana, sanitaria y económica.

La eficiencia de otras de las funciones tradicionales del Estado-Nación parece haberse debilitado: se muestra incapaz de preservar las culturas autóctonas de la progresiva aculturación que proviene de los países anglosajones y, al mismo tiempo, de eliminar las distintas étnias que conviven bajo el mismo Estado. La respuesta de éstas ha supuesto el cuestionamiento del “statu quo” imperante. Los nuevos nacionalismos han surgido así en conflicto con lo que es el origen esencial de los nacionalismos modernos, el Estado-Nación. Su discurso político se ha planteado sobre la base de nuevos derechos y reivindicaciones: el derecho a la diferencia, el derecho a la autodeterminación, etc. Este conjunto de nuevas vindicaciones y derechos han formulado un nuevo horizonte de legitimación que comporta, a buen seguro, un modo distinto de organizar el poder político.

En todo caso, estos movimientos han encontrado su credibilidad social en gran parte debido a dos hechos: a la progresiva pérdida de soberanía de los Estados-Nación y el cuestionamiento de su propia razón de ser: el monopolio de los medios de violencia interna y externa. En efecto, como consecuencia de las transformaciones sufridas por el sistema capitalista, las economías han ido convirtiéndose cada vez más en lo que I. Wallerstein¹² llama la “Economía-Mundo”. Las economías nacionales han ido dejando de

10. OFFE, C., “Partidos políticos y voluntad popular”. *Debats*, nº 12, 1985, pp. 63-70. Una crítica más acabada puede verse en *Partidos Políticos y nuevos movimientos sociales*. Editorial Sistema, Madrid, 1988.

11. HECHTER, M. *Internal Colonialism. The Celtic Fringe in British National Development (1536-1966)*. Universidad de California Press, Berkeley, 1975. Véase también P. GONZÁLEZ CASANAVA, “Internal Colonialism and National Development”. *Studies in Comparative International Development*. Nº 1, 1965.

12. WALLERSTEIN, I., *El moderno sistema mundial*. Siglo XXI, Madrid, 1979.

pertenecer a los propios Estados, de tal manera que la industria, la energía, las materias primas, finanzas y comercio dependen de circunstancias y centros de decisión transaccionales. Este proceso de mundialización, que no es exclusivo del ámbito económico y que es parte de una tendencia pluriordinal (en el orden cultural, científico, informativo, etc.), es un proceso imparabile. Su mayor o menor bondad estriba en la base sobre la que se consolide tal proceso: si sobre la base, como en la actualidad, de una brutal división internacional del trabajo, de la pauperización estructural de unas zonas respecto a otras, de la destrucción de los recursos naturales y de la reducción de las expectativas de desarrollo para muchas zonas del planeta y de la abusiva concentración del poder en unos pocos centros de decisión, o sobre un modelo solidario y razonable de confederación¹³.

La inutilidad fáctica del Estado-Nación hace que éste quede reducido, en sus apariencias, a las tareas de orden público, defensa, fiscalidad, etc. En este sentido han ido las propuestas neoliberales del "Estado Mínimo". En la práctica un "Estado Mínimo" en lo social, lo educativo, en lo sanitario, pero un Estado máximo en la subvención de las actividades privadas y especulativas, en las inversiones en defensa, etc. Pues bien, esta crisis del Estado de Bienestar ha reforzado la desconfianza en el nacionalismo que lo sustentaba y hecho aparecer a los grupos étnicos, a las naciones sin Estado, como nuevos territorios simbólicos sobre los que poder ensayar otras formas alternativas de organizar lo político. Se ha producido, en consecuencia, una separación cada vez más nítida entre nacionalismo y Estado-Nación. No debe extrañar, pues, que los "nuevos nacionalismos" hayan emergido primero entre comunidades étnicas con tensiones o conflictos culturales, lingüísticos, etc... El discurso nacionalista se ha convertido en un mecanismo de respuesta frente a agresiones culturales, agravios económicos o deficiencias políticas generales por el avance de la "modernidad".

El nacionalismo ha resultado ser, una vez despojado de los viejos mitos que lo adscribían a un carácter de clase concreto y cerrado¹⁴, ante todo un discurso, un conjunto articulado de ideas, símbolos y actitudes que suelen provocar un fuerte sentimiento de pertenencia e identificación y, al mismo tiempo, de negación y exclusión. Como afirma Anthony Giddens, los sentimientos de comunidad de lenguaje y de pertenencia a una comunidad nacional tienden a formar una red que contribuye al mantenimiento de la seguridad ontológica¹⁵. En esa medida, la identificación emocional que genera el naciona-

13. Parece que de momento lo que se impone es el primer modelo, así lo atestigua el GATT. La Ronda Uruguay consolida una situación de injusticia extrema por la cual el 20% de la población mundial recibe sólo el 0,2% de los ingresos. En estas condiciones los tres dogmas del neoliberalismo (privatización, desregulación y liberalización), imperante en la filosofía del GATT; amenazan con disparar estas diferencias, ya de por sí escandalosas; hasta magnitudes insospechables, que asociadas con la sensación de etnocidio cultural; pueden ser causa de todo tipo de fundamentalismo nacionalista o religioso.

14. Cfr. NISBET, R., *El vínculo social*. Barcelona, 1975.

15. Cfr. GIDDENS, A., "La vida en una sociedad postradicional", *Revista de Occidente*, nº 150, 1993, pp. 61-90. En este artículo Giddens analiza la importancia que sigue teniendo la tradición y los marcadores de identidad en la resolución de conflictos entre individuos y comunidad, y entre comunidades. Giddens habla de la necesidad de armonizar la "democracia emocional" de los individuos y la "democracia política" de las comunidades. El nacionalismo puede ser el producto de esa armonización, o el resultado de una grave fractura entre una "democracia virtual" y una demanda de "democracia emocional" de los individuos desposeídos por la aculturación tardo-moderna.

lismo puede ser canalizada en direcciones muy distintas de ahí la “radical ambigüedad” que en él detectara Tom Nairn¹⁶; “pues –añade Giddens–, los individuos se tornarían susceptibles de llegar a identificarse lo mismo con las figuras que encarnan virtudes públicas y democráticas, que con un conjunto de valores ‘heroicos’ capaces de inspirar actos de nobleza que de salvajismo”¹⁷.

2. DISIDENTES DE LA MODERNIDAD

El fenómeno nacionalista es pues de una ambivalencia poderosísima, tal vez sea el fenómeno social más ambivalente de la modernidad. En él se dan, las mismas notas opuestas que Marx creía ver en la religión de su época; ser al mismo tiempo síntoma de la miseria (“el alma de un mundo sin alma”), y expresión de la queja y la protesta por aquella¹⁸. En la forma nacionalista conviven lo más moderno de la modernidad, y una de las formas de rebelión más poderosas contra la modernización. En todas sus posibilidades el nacionalismo no deja indiferentes a aquellos que son “disidentes de la modernidad”. La convergencia entre la ecología política y la cuestión nacional, es una apuesta necesaria. Y lo es porque ocupan un espacio común de resistencia y alternativa a la modernización.

Un origen común las enlaza: la rebelión y la incomodidad con la modernidad, la perturbación en la “seguridad ontológica” que la modernización provoca en las personas y en los pueblos. Sobre un mismo vacío nacen el ecologismo y los nuevos nacionalismos; reconstruir identidades destrozadas, volver a dar sentido al mundo, rescatar y salvar formas de vida amenazadas de extinción, recuperar el valor insustituible de la pluralidad y la diversidad, construir la convivencia sobre la diferencia y no sobre la homologación. Disidentes del mito del progreso y del desarrollo; buscan construir políticamente nuevas gramáticas vitales –como diría Cooper–, que no naden sobre el vacío y la banalización de la modernidad occidental.

Como es bien conocido, los problemas de la izquierda tradicional para incorporar el nacionalismo, han sido abundantes y graves. En la base de esta incompreensión está el componente ilustrado, humanista e individualista de cierto marxismo dominante. El marxismo y el pensamiento socialista han recaído en los presupuestos individualistas del humanismo ilustrado (como vio muy bien H. Arendt); ignorando las tradiciones, las etnias, y todo lo que no fuera englobable en el racionalismo mecanicista. L. Kolakowski, lo describe de la siguiente manera: “De este modo, dentro de la línea de la tradición racionalista Marx perfila el destino de la humanidad como un mundo en el que sólo existiera el individuo y la humanidad. La posterior evolución histórica, lejos de corroborar esta ideología optimista, más bien reforzaría las construcciones sociales limitadas e

16. “El Jano Moderno”, en *Los nuevos nacionalismos en Europa*. Península, Barcelona, 1979.

17. GIDDENS, A., “Estados nacionales y violencia”, en *Debats*, nº 14, 1985, p. 100.

18. El famoso panfleto de Fukuyama sobre el fin de la historia advierte en los nacionalismos uno de los “últimos peligros” contra el liberalismo triunfante: “¿existen en la sociedad liberal otras contradicciones, además de las de clase, que no tengan solución? Dos posibilidades saltan a la vista: la religión y el nacionalismo”. FUKUYAMA, F., “¿El fin de la historia?”, *Claves de Razón Práctica*, nº 1, 1990, p. 93.

intermedias, como las nacionales, y la liberación de los vínculos tradicionales irracionales, tribales o nacionales, resultaría una ilusión racionalista. Lo cual no sólo representa la derrota irrevocable de este particular artículo de fe del credo marxista, sino de toda utopía que profese una final y definitiva victoria de la razón sobre la tradición"¹⁹.

Tal convergencia discursiva y práctica se puede verificar sobre tres importantes modificaciones del concepto de poder político: (I) Nación y Estado no sólo son conceptos separables sino que la estatalización de la nación comporta una pérdida de las notas esenciales que definen a una nación, en cuanto comunidad etnopolítica. La eco-nación, encuentra en el estado en cuanto tal (no en éste o aquél Estado), el origen político-institucional del peligro de su extinción como comunidad diferenciada. (II) Por tanto entre Nación y Estado no debe haber ninguna relación de biunivocidad (un Estado para una Nación, una Nación para un Estado). El poder político ecológico ha de ser constitutivamente pluralista, y por ello pluriétnico. La Nación es dentro de una forma de poder político democrático radical una de las formas del pluralismo y la diferencia junto con las diferencias de géneros, de credo, ideológicas, generacionales, etc. (III) Abandonar el concepto de soberanía, propio del Estado-Nación porque es el enemigo a derrotar. La soberanía es el eje central de esta forma, mientras que la autodeterminación es sólo la potencia pluralista de la emancipación. La comunidad etnopolítica que es la nación ha de convertirse en un agente constructor de civilidad y convivencialidad alternativas a los valores mercantiles, burocrático o militares²⁰. Sobre este mismo objetivo común de sustituir el Estado-Nación por un poder político más democrático y pluralista es necesario que los disidentes del crecimiento se confabulen en la construcción de comunidades políticas supraestatales y de microcomunidades regionales.

3. LOS PELIGROS DE LA "INGENUIDAD" RACIONALISTA DE LA IZQUIERDA COSMOPOLITA

La idea de Habermas según la cual el Nacionalismo es lo no-moderno de la modernidad resulta interesante, puesto que sitúa al discurso nacionalista como un vehículo de expresión y lucha precisamente contra la modernidad, causante de la crisis ecológica y civilizatoria. El Nacionalismo es aquello que no acaba, pues, de someterse a la lógica del sistema capitalista, aunque muchas veces le sea funcional. La seguridad ontológica basada en prácticas alternativas y democráticas puede tener su vehículo de expresión en un nacionalismo no estatalista, del tipo que hemos descrito.

El nacionalismo tiene una función de creación de vínculos sociales, ya sea hipostasiando un parentesco figurado (Balibar), ya sea creando un fuerte sentimiento de comunidad o comunitarista. Esa dimensión resulta hoy fundamental frente a la creciente desagregación social, falta de ayuda mutua, frente al proceso de aculturación y de individuación, etc. Vuelve a poner, en definitiva, en el centro de la discusión los valores de solidaridad y

19. KOLAKOSKI, L., *Intelectuales contra el intelecto*. Tusquest Editores, Barcelona, 1986, p. 75.

20. Es en este aspecto esencial que el nuevo nacionalismo renuncie a cualquier ilusión militar. La no-violencia es la estrategia y la filosofía de transformación.

ayuda mutua que la modernidad ha destrozado; tiene la virtud, pues, de retrotraer las cosas al momento en que el sistema capitalista comenzó a producir la degradación ecológica actual. Y recupera esa demanda erótica que yace tras toda reivindicación nacionalista. En el nacionalismo vuelve a suturarse una fuerza social enorme que brota de aquello que los psicoanalistas denominan el “amor político”, y que se ha expresado en periodos pre-modernos en clave de fidelidad señorial o de amor religioso.

El deseo irrumpe abiertamente en la escena política, por medio del nacionalismo. Algo que las ideologías nunca han conseguido. La fuerza de la creencia erótica es mucho mayor que la de la creencia ideológica. Es fundamental dotar a este impulso erótico de una racionalidad política ecológica y democrática. De este modo (etnopolítica y ecopolítica) la débil “democracia virtual” puede encontrar su carne y su suelo; frente al hambre de realidad, emocional y material; que el nacionalismo xenófobo y el consumismo explotan.

Todos los inconvenientes, todos los peligros, que sin lugar a duda el nacionalismo comporta no invalidan en absoluto la idoneidad del nacionalismo como vehículo de expresión de la izquierda. Precisamente porque el nacionalismo no es más que eso, un lenguaje político que obliga a todos a expresarse en claves territoriales y étnicas. Si la renovación de la izquierda está viniendo de la mano de la Ecología Política, de ella debe venir también la renovación y redefinición del nacionalismo. En ello no hay contradicción. Frente a las teorías tradicionales de la izquierda, bastante reacias a los fenómenos particularistas, la Ecología Política demanda un cauce de expresión de carácter identitario que conforma un tipo diferente, un *nuevo nacionalismo*, que se fundamenta en, al menos, cuatro aspectos definitorios: el nacionalismo como fuente de solidaridad social, como fuente de diversidad cultural, como fuente de soberanía intergeneracional y como fuente de democracia.

Es por eso que una posición como la de Habermas²¹ reclamando un nacionalismo de corte exclusivamente ideológico y racionalista, es un tremendo error, que abandona a la democracia emocional, en manos de lo peor. Al tiempo que permite el continuo avance de la sociedad de la banalidad y la uniformización. El nacionalismo tiene que ser una de las presencias de lo preterminológico en el discurso de lo político. Si no deja lugar para que el “amor político” se encarne y se exprese; la cepa de ese fruto corre el peligro de secarse.

Frente al creciente fenómeno de individualización y ruptura de los lazos tradicionales de ayuda y solidaridad mutua, de desagregación social, el nuevo nacionalismo crea a través de la identidad nuevos lazos de solidaridad fundamentales, estableciendo una especie de parentesco figurado entre los miembros de la nacionalidad, frente a los procesos de aculturación y homogeneización cultural que vivimos, el nuevo nacionalismo opone la reivindicación de lo particular, de lo diverso; pero a diferencia del nacionalismo tradicional, no hace de la soberanía el centro de la identidad propia, sino que ve en la etnodiversidad, tanto en el interior como en el exterior de la propia identidad, una virtud social, el principio de la convivencia y del respeto antes que del enfrentamiento. Para la Ecología Política, la etnodiversidad no es sino reflejo de las estrategias de manejo que las diversas sociedades han implementado históricamente para usar y preservar los recursos

21. HABERMAS, J., *Identidades nacionales y postnacionales*. Tecnos, Madrid, 1989.

naturales. La homogeneidad cultural, por contra, ha resultado ser uno de los vehículos de expansión del modo industrial de uso de los recursos que ha conducido a la actual crisis ecológica.

Frente al cada vez mayor distanciamiento del control sobre nuestros propios recursos, sobre la política económica cuyas decisiones se nos escapan (véase por ejemplo los acuerdos del GATT o la PAC), sobre los modelos de desarrollo, sobre la política exterior y de seguridad, etc., el nuevo nacionalismo reivindica la gestión y el usufructo descentralizado y autónomo sobre estas parcelas vitales de nuestro futuro; pero no de manera excluyente sino solidaria y dialogante, puesto que la propia crisis ambiental (capa de ozono, efecto invernadero, deforestación, etc.), enseña que ninguna decisión sobre estos temas en cualquier punto del planeta puede resultar ajena. Y, finalmente, frente al distanciamiento y formalización de las decisiones políticas, frente a las cada vez más evidentes limitaciones del actual concepto de democracia, que, por ejemplo, excluye a las generaciones venideras de la toma de decisiones sobre el futuro de los recursos, por tanto sobre el grado de bienestar a que tendrán derecho; frente a ello, el nuevo nacionalismo reutiliza la idea de esencia, de nación, para identificarla con el trozo de naturaleza sobre el que, en interacción histórica, se ha desarrollado nuestra específica cultura, para transmitir la idea de preservación, de legado a las generaciones futuras. Esta identificación entre "nación" y "naturaleza", implica a todos los ciudadanos por igual en su gestión, requiere mucha más participación, mucha más democracia. Resulta, pues, posible y aún necesario reivindicar el nacionalismo desde posiciones emancipatorias, pero un nacionalismo de nuevo tipo, con fuertes vinculaciones con la Ecología Política. Como ejemplo de estas vinculaciones podemos citar la conexión existente entre el ecodesarrollo y el etnodesarrollo; como en este último, que representa una de las condiciones de constitución del proyecto político de los nuevos nacionalismos (véanse todos los proyectos indigenistas en América latina²²); es un presupuesto constituyente de cualquier proyecto de ecodesarrollo que emana de la Ecología Política. Un desarrollo ecológico implica necesariamente un modelo endógeno, condicionado a las peculiaridades étnicas de cada pueblo y nación.

22. Sobre el etnodesarrollo aplicado al México indigenista Cfr. G. BONFIL BATALLA. México profundo. Una civilización negada. Secretaría de Educación Pública/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. México, 1987.